
La soledad de la lluvia

Julián Meza

Lluviaba y no era un mes de lluvias. Más bien el tiempo de las lluvias acababa de pasar, y se habían largado junto con él los moscos y la inmundicia había quedado petrificada.

Esa tarde Carlota vino a verme con su eterna soledad de monstruo a cuestas. Pero esta vez era lo que se dice un fardo, un ser consumido por el agigantamiento de la soledad, un rostro agarrotado por el recrudescimiento de la desesperanza.

Carlota lloraba. Antes, sólo la había visto hacer ésto cuando murió su padre, que una tarde triste en un gemido ajeno se quedó dormido en la cama de un sanatorio. Ahí, tranquilo, se encontró por fin con el silencio que pregonaron siempre sus labios; ya no vería más a su hija, a la que nunca había mirado.

Sí, Carlota había llorado, pero nunca como esta tarde en que caía mucha agua.

"Llovían las balas", me dijo, posando su endeble mirada en los cristales donde rebotan las gotas de lluvia.

"Caían las balas y la gente caía por todos lados. Muchos tuvieron tiempo de correr", insistió, entre sollozo y sollozo.

"Eso he sabido", le contesté, de pie, frente a la ventana.

Cayeron los cuerpos y las hojas, barridos por el viento y las balas. Cayeron inermes sobre las baldosas de piedra fría. Era el otoño, hacía apenas un mes que no lluviaba.

"Y en cambio esta tarde llueve", pensó Alejandro.

Carlota vino a verme para contarme lo que yo ya sabía; todas las tardes viene y me cuenta la muerte de su hermano: parece que se ha vuelto loca, vive obsesionada por el recuerdo trágico del hermano.

Sin embargo, su relato siempre es coherente, lleno de matices, rico en detalles que logran dar una idea clara del asesinato.

"Eran las cinco y media de la tarde. Nosotros habíamos llegado ahí apenas unos veinte minutos antes. Pudimos habernos retrasado un poco si el autobús no hubiese pasado, pero no: llegó, y anduvo rápido, no se detuvo ni un momento, no lo retrasó ningún semáforo. Casi llegamos puntuales..."; se detiene, jadea un poco, se ayuda con las manos, ve llover. Luego prosigue:

"Cinco minutos antes había empezado el acto. En ese momento estaba hablando uno de los muchachos, no recuerdo quién..."; me contaba Carlota mientras el aguacero arreciaba y yo estaba pensando en que ya era el otoño, mes de viento, de hojas y de muertos; y la lluvia sobraba, resultaba ajena al relato y a la tragedia que vivía el rostro de Carlota, que lloraba dentro en tanto que aguaceraba afuera.

Aceptó una copa de ron que le ofrecí.

"Hubieras oído las balas, Alejandro", me dijo mientras le servía.

"Sonaban espantosas; parecía que se iba a acabar el mun-

do", sollozaba en tanto que hablaba y, con ambas manos, sostenía la copa.

Me quedé mirando hacia fuera durante un rato, viendo caer la lluvia que caía como debieron haber caído las balas y los cuerpos por todas partes.

"Mi hermano me tenía tomada de la mano. Estábamos entre los primeros. Había muchas mujeres y niños por todos lados. A unos seis metros de distancia estaba sentado un amigo, frente a nosotros, de espaldas a la tribuna, casi debajo de ella", seguía diciendo Carlota.

Ahora daba la impresión de que la lluvia se estaba quedando seca, tal como se habían quedado las hojas y los cuerpos con el otoño y la sangre pegada.

Carlota no me miraba: veía a nada con sus ojos escondidos y hablaba:

"Mi hermano no me soltó durante todo el acto; por el contrario, me tenía fuertemente agarrada..."

Ahora eran la lluvia y el viento juntos, fuertes, chiflando, como presagiando los truenos, arreciando cada vez más a medida que se iba perdiendo la tarde.

"Me contó que mi mamá no quería que fuésemos: decía que ella había dicho que era peligroso ir, pero ella siempre dice de todo que es peligroso y él mismo lo sabía, porque así era él y así es ella", volvió a decir Carlota antes de beberse el ron de un sorbo.

Con voz cada vez más débil, continuó diciendo:

"Pero yo ni siquiera ahora me arrepiento de que hayamos estado ahí, porque no tiene justificación el que haya ocurrido aquella matanza. No me arrepiento de haber estado ahí ni lamento la muerte de mi hermano; deploro la tragedia, la bestialidad, la estupidez que se cometió", me decía Carlota mientras señalaba con los ojos su copa sin nada y la botella de ron casi llena, puesta a unos metros, sobre la mesa.

La lluvia arreciaba insistente. Se vio un relámpago. Tras los cristales, el pasto pequeño y diseminado producía en uno la impresión de ser barrido por las gotas de agua que acanalaban la tierra.

Le serví nuevamente.

"Mi hermano está muerto, mi madre está muerta, todos estamos muertos", gimió.

Sí, muertos, pensaba viéndola llorar, y las gotas de agua resbalaban sobre los cristales como las lágrimas sobre su cara, como los cadáveres encima del pavimento, como las balas penetraron dentro de los cuerpos dóciles, indefensos.

"Es la impunidad lo que nos desquicia", pensé. "Es la rabia que producen las circunstancias más que el hecho mismo", me repetía.

Y Carlota seguía narrando:

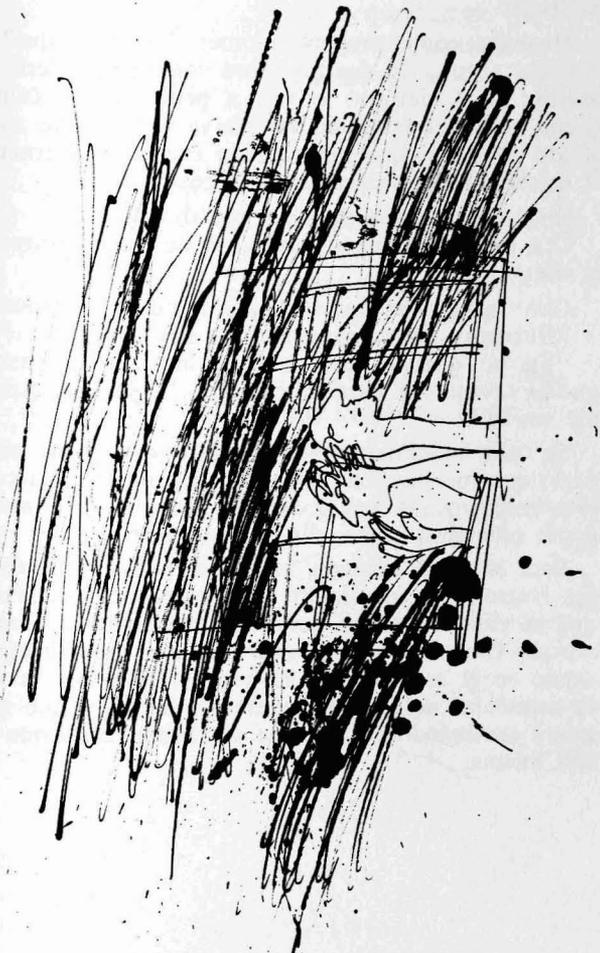
"Se vieron unas luces de bengala en el cielo, junto a los edificios, pero más allá de las azoteas; se oyeron disparos. La

gente empezó a correr. Nosotros no nos movimos”, dice, precipitando sus palabras en pequeñas frases que dan la impresión de ráfagas, de pasos de gente que se va, de lluvia ligera que desciende.

“Fue durante los primeros disparos cuando ocurrió todo. Con el micrófono en la mano un muchacho gritaba: ¡Que nadie se mueva, esto es una provocación, que nadie se mueva!, y nosotros no nos movimos, nos quedamos ahí, tiesos, junto con un grupo de personas que permanecía inmóvil, como paralizado...”

Carlota ya no puede proseguir. Siempre que me cuenta esta historia, esta cercana historia, se va frenando poco a poco, después de haberme hablado demasiado rápido, hasta que se detiene.

Calla durante un buen rato, mientras la lluvia parece proseguir con el hilo de la narración.



Luego retoma ella el hilo y dice: “Fue en una ráfaga, en una de las primeras ráfagas”. Se me queda viendo, con los ojos fuera de las órbitas, pronunciando la palabra rá-fa-ga como acompañando el sonido de las gotas que caen: plim, plum, plam...”

“Por un instante volví la cabeza hacia arriba y pude darme cuenta de que ya no había nadie”, dice. Hace una breve pausa, para continuar: “Cuando regresé la vista hacia donde estábamos vi caer junto a mi hermano a una muchacha con el rostro deshecho, ensangrentado, pronunciando un terrible alarido que no pudo ser más que de muerte...”, se interrumpe nuevamente, produciendo en quien la escucha la impresión de que nunca concluirá su relato, prolongando en sus palabras la agonía de su hermano que se prolongó en el tiempo, en el sonido de los balazos, en este aguacero que se repite insistentemente.

“A un paso de la muchacha estaba él, de pie, pálido como una cera, con manchas de sangre en uno de sus pómulos. De momento pensé que era la sangre de la muchacha que lo había salpicado...”, contiene la respiración, bebe un poco de aguardiente y escupe lágrimas y saliva: “Pero sus ojos estaban en blanco y su rostro lívido. Cayó junto a mí, como fueron cayendo todos los demás, uno a uno, menos yo, porque fui de los pocos que se quedaron en pie en medio de aquella hojarasca de muertos.”

La lluvia continúa desplomándose con fuerza, y con su estrépito produce en uno la impresión de que quiere arrancar el pasto con la misma voracidad una ráfaga que se hunde en el cuerpo indefenso de un desconocido.

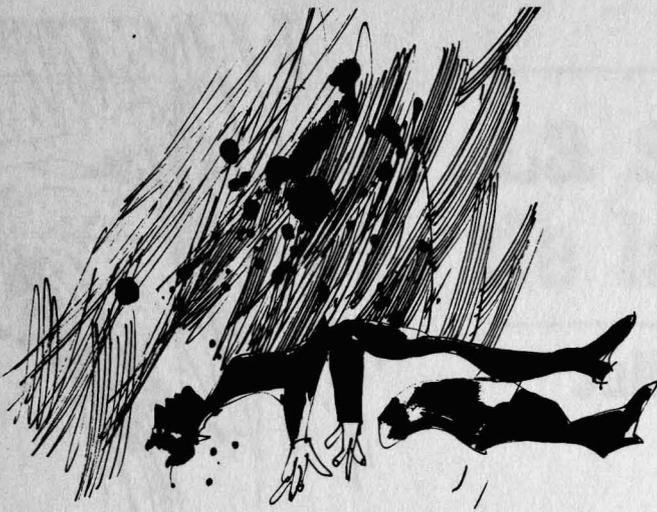
“A un costado del templo se veían las llamas que escupían las armas. Era mucho el fuego, porque eran muchas las armas”, vuelve a detenerse como sintiendo que divaga. Parece mirar con atención cómo oscilan las gotas de agua en la punta de las hojas, cómo caen unas tras otras, perseguidas por el estrépito de la lluvia que no cede, por el aguacero que arrecia con insistencia.

Prosigue:

“Todavía con él tomado de la mano grité hacia el lugar de donde procedían las balas: ‘Auxilio, aquí hay un herido, ayúdeme’ ‘Agáchese o son dos’, oí que me contestaron. Desde ese momento ya no pensé en nada: me quedé tirada junto a él, viéndolo desangrarse mientras las balas seguían pasando sobre nuestras cabezas. Cerca, tranquilamente, un muchacho fumaba en el intersticio de dos pirámides.

Me quedo pensando en el espectáculo: trato de imaginar a aquel muchacho, fumando tranquilamente junto a enormes pilas de cadáveres.

“Mientras tanto, mi hermano perdía cada vez más sangre. Localicé sus heridas: una en el pecho, arriba del corazón; la otra en la cara, casi en uno de sus ojos, precisamente donde antes le había visto la sangre.”



Todo esto me lo dijo Carlota en un hilo, antes que le hubiera servido una tercera copa de ron que ya no quiso tomar, que ya no tomó.

Yo pensaba: "La soledad del monstruo se está acabando, su exacerbada soledad esta extinguiéndose, se ha menguado. Ahora me dirá: 'Necesito vengarlo. Quiero vengarlo.' Y yo no sabré qué responderle, porque ignoro cómo se lleva a cabo una venganza. Quizá los hijos de estos pinches nazis sean la receta adecuada para una venganza. O tal vez sus madres o sus esposas. Sin embargo, me resisto a pensar en este género de venganza: la impunidad es ajena a nuestro mundo de la misma manera que forma parte fundamental del mundo de ellos."

Pero Carlota no me dijo: "Necesito vengarme", cuando seguía lloviendo y anochecía. Cada vez más, los truenos se oían próximos, cercanos, casi sobre nuestras cabezas, tal como se acercaron las balas a los cuerpos indefensos.

Carlota prosiguió:

"Transcurrieron más de dos horas. Mi hermano había perdido mucha sangre: cada vez estaba más blanco y más inmóvil. Yo intentaba reanimarlo hablándole, preguntándole, pero él ya no podía decirme nada, porque no oía, porque ya no podía hablar." Él ya no pudo ponerse en pie para señalar a los responsables y decir que no habían sido sus compañeros, que ellos no eran capaces de actos criminales como ése, que ellos eran ajenos a la impunidad de la masacre y a la soledad que consumía a Carlota como a él lo había consumido la sangre.

La lluvia escurría por los cristales de las ventanas como el aislamiento por el cuerpo de Carlota, que siguió:

"De no sé qué parte surgió un médico que se acercó hasta donde estábamos. 'Una ambulancia, por favor', atiné a decirle. Y él me oyó, porque se acercó silenciosamente hasta donde estaba mi hermano."

Carlota no me ve, no respira, no oye, sólo habla:

"Después de verlo, de palparlo, de sentir el orificio dejado por la bala incrustada en su pecho, me dijo que yo ya me imaginaba, tratando de equivocarme: 'Este muchacho ha perdido mucha sangre, puede morir: necesita que se lo lleven inmediatamente. Voy a tratar de hablar con uno de los responsables', que no eran los muchachos, porque ellos estaban tirados, muertos, desangrándose al igual que el hermano de Carlota; un responsable de la mecánica de las balas, que no podía ser un responsable de la mecánica de la lluvia que ahora me parece que se va a acabar, que va a dejar el cielo despejado para que puedan verse algunos luceros durante el curso de la noche.

El médico que intentaría entenderse con el peculiar lenguaje de un responsable, había dicho: "Este muchacho." Carlota, en cambio, insistió durante toda la noche de los funerales,

cuando sus compañeros se organizaban en consignas, rezos y brigadas: "Pero si era un niño, era un niño, no tenían por qué haberlo matado...", porque su hermano murió aquella misma noche, unas horas después, en un hospital a donde ininterrumpidamente llegaban centenares de muertos y decenas de heridos. Ahí, en un hospital, en una cama, murió como su padre, solo, pero sin el silencio de éste, porque en sus labios quedó suspendida la palabra que ya no pudo pronunciarse.

"Se lo llevaron en un camión de esos que usan para transportar animales. A las ocho de la noche estaban muertos él y quién sabe cuántos otros más, porque toda la noche se oyeron las llegadas de los camiones de transporte y las sirenas de las cruces", y cuando ya no se oyeron seguían transportando en silencio su cargamento de muerte, porque fueron muchos los que murieron aquella tarde, aquella noche y aún todo el día siguiente, cuando todavía no empezaba a llover, porque esta lluvia que se extingue empezó ahora, varios días después de la matanza.

Cesa de llover. Carlota se calla. Parece ya no estar dispuesta a continuar hablando. Su silencio, ese silencio que nace al filo de sus ojos nublados y ennegrecidos, ha puesto fin a sus palabras.

Me mira como preguntándome: "¿y ahora qué?"

Estoy seguro de que no sabré cómo responderle, qué cosas decirle; pero tampoco le voy a pedir que se calme, que se quede quieta, que ya no se atreva a repetirme nada, que se olvide de todo, que permanezca escondida eternamente bajo el ostentoso caparazón de su soledad.

Hace un último esfuerzo y me dice:

"Ya no quiero ver violencia, ya no quiero volver a ver tanta sangre..."

Guarda silencio durante unos minutos y después continúa: "Hubieras visto, hubieras oído sus gemidos..."

"Ya no quedan fuerzas para levantar las manos, ya no queda conciencia para vengarse...", parecen estar diciéndome sus ojos.

Se calla indefinidamente, en tanto que yo no puedo pensar en lo que me ha dicho, en tanto que me niego a concebir que este enemigo sea tan poderoso, tan capaz de aniquilar a la gente indefensa como ella en esta forma.

Pero la tierra húmeda, la noche oscura y pesada del otoño, ese rostro lleno de llanto y de recuerdos parecen insistir en que la violencia no se desintegra pisoteándola, martirizándola, porque Carlota no es la simiente: ella se desintegró, no pensando en el asesinato de su hermano, sino en la soledad que la asesinaba desde antes, desde siempre, y que ahora continuará asesinandola hasta que se muera, hasta que deje de ser ella misma.